

El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NUM. 8270

DIARIO DE LA NOCHE

TELEFONOS NUMS. 4 Y 58

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París: E. A. Lorette, Rue Cassini, 5; Mr. J. Jouis Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, No. 166.—Administrador: D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Viernes 31 de Mayo de 1889

LA VIDA ES CHOCOLATE.

Apurar, cielos, pretendo ya que me tratéis así por que voy, pobre de mí, el apetito perdiendo; aunque creo que ya entiendo cual es la causa en conciencia pues tuve la inadvertencia y cometí el disparate de no tomar chocolate marca El Barco de Valencia.

Y ese delito se paga cuando se comete sin la debida autorización del pontífice D. Benigno Sánchez Risueño que desde su casa n.º 3 de la calle de la Caridad rige chocolateramente á media España.

Estos ricos chocolates se venden en latas iluminadas que contienen 6 paquetes una, del precio de 5, 6, 7, 8, 10 y 12 reales paquete; pedido en todos los ultramarinos y confitería de los Sres. García y Pareja.

Véase en la 4.ª plana el anuncio Gran Exit

CURA inmediatamente toda Disenterias, diarreas de Vómitos y Vómitos (de los niños y de las embarazadas) y de las diarreas de los niños y de las embarazadas. **BISMUTO Y CERIO VIVAS PEREZ** Catarras y úlceras en estómago. DEPÓSITO EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS

LA UNIÓN Y EL FÉNIX ESPAÑOL



COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS

Establecida en Madrid, calle de Olózaga 1 (Paseo Recoletos.)

Garantías

Capital social 12.000.000 de ptas efectivas. Primas y reservas 41.075.898 pesetas.

25 AÑOS DE EXISTENCIA

Esta gran Compañía Nacional, cuyo capital de Rvn. 48 millones, no nominales sino efectivos es superior á todas las demás compañías que operan en España.

Asegura contra el incendio y sobre la vida. El gran desarrollo de sus operaciones acredita la confianza que ha sabido inspirar al público en los 25 últimos años, durante los cuales ha satisfecho por siniestros la importante suma de

Pesetas 34.771.411

Subdirección en Cartagena PLAZA DE LOS CABALLOS NUM. 15

EL MÉDICO Y LA FAMILIA.

Es condición indispensable en el tratamiento de las enfermedades, proceder metódicamente, sin inútiles apresuramientos, con calma y practicando lo que en el caso esté indicado.

Solo el médico incumbe señalar el momento oportuno para la administración de cada remedio. El dirige, y los que rodean al enfermo, parientes, allegados ó enfermeros, han de ejecutar sus órdenes con minuciosa exactitud.

Todo esto es tan trivial que no merece discusión; cualquiera comprende que debe ser así. En la práctica, resulta en ocasiones lo contrario.

El médico tiene sobre el enfermo una autoridad, delegada por el mismo paciente,

ó por los individuos de la familia, que depositan en él su confianza. Con esta autoridad y sus conocimientos científicos decide lo que debe hacerse, asumiendo el enorme peso de una responsabilidad que siquiera sea meramente moral ó de conciencia, gravita sobre él en todos los momentos de su vida, y, dicho sea de paso, le proporciona acerbos sufrimientos. No es bastante que haya de luchar en desventajosa situación con el enfermo y con la enfermedad; á veces tiene que combatir con las personas que rodean al paciente y que, ya por ignorancia y presunción, ya por un exceso de cariño, muy natural, contraria sus prescripciones, dan oídos á insólidas especies, exigen imposibles; formulan extravagantes preguntas, y sobre todo solicitan que se haga más y se marche más de prisa.

Por lo general, llega al paroxismo del desorden en los momentos de peligro y es precisamente cuando se requiere mayor tranquilidad de espíritu para observar las circunstancias ventajosas que pudieran presentarse y aprovecharlas.

La familia pierde aquella confianza de que antes hablábamos y acude á diversos remedios, que de distintas procedencias, sin conocimientos del médico, se propinan al enfermo y que pueden designarse con el título de medicinas de última hora. Cesa el plan que prescribiera el facultativo ó se practica sin orden ni concierto: una actividad febril, aunque inútil y desprovista de fundamento, agita á todos, y una vez puestos á probar remedios, cada cual propone lo que le parece y se ejecuta sobre la marcha. Cada minuto que transcurre procura nuevas esperanzas, pero también mayor desilusión. Cítanse los nombres de los más afamados profesores, enviando emisarios á cada uno de ellos, para que acudan prestar auxilio y de este modo obtienen nuevas decepciones.

El médico de cabecera, conociendo, hasta en la atmósfera de aquella casa el desorden intelectual que reina, ve desaparecer paulatinamente las probabilidades de éxito que concibiera; comprende que no puede tener autoridad allí donde no existe ninguna, donde todos mandan y nadie obedece, y fatigado de lucha tan irracional, ni se atreve á proponer lo que sabe seguramente no ha de cumplirse, ni se halla en libertad de ánimo suficiente para discernir con todo acierto; no se retira, porque no puede desertar en el momento de mayor peligro y confía en el poder de la naturaleza, capaz de salvar á un hombre, aunque se opongan indeliberadamente todos los que pretenden ayudarlo. Así se pierden muchos enfermos.

Cuando se halla amenazada la vida de un ser á quien profesamos cariño, se concibe que un gran dolor embargue nuestra alma, que se pierda la lucidez de la inteligencia y, fijo solo en el daño que nos amenaza, damos crédito á todo lo que suponga una esperanza. Pero no puede comprenderse que aun en los momentos de mayor amargura se deseche el auxilio de la ciencia por inútil, para practicar prácticas inconexas como perjurales. Acúdase enhorabuena á tantos profesores como bien parezca; que ellos discutan los medios de

acción que hayan de usarse; más una vez decidido el rumbo, no hay que torcerlo por los asertos de una comadre, que tendrá condiciones para inventar milagros, no para conocer asuntos médicos.

La fuerza y energía de la medicina no estriba en la acción de un fármaco más ó menos apropiado para el caso; sino en el conocimiento de la enfermedad y en la serie de actividades terapéuticas que metódicamente se aplican. La observación y la experiencia del médico no pueden sustituirse por ese funesto sistema que consiste en probar un medicamento tras otro en la confianza de que llegará á darse con el que ha de traer la salud.

Si se quiere variar de dirección facultativa, hay que decirlo incontinenti, y por los medios regulares puede efectuarse el cambio sin que el médico se sienta por ello molestado en lo más mínimo, antes por el contrario, se dará por satisfecho, que la profesión médica solo puede ejercerse cumplidamente cuando existe mutua aquiescencia.

Las ocultaciones y fraudes que suelen efectuarse no engañan al médico, que, acostumbrado á ello, cuando menos la sospecha y redundan en perjuicio del enfermo. Prueban que no existe de parte del que se presume engañador, la seguridad completa de obrar bien y suponen una conciencia acomodaticia.

Recusar á un médico por el hecho de haber sentado un pronóstico más ó menos grave, y recurrir como en pública subasta á quien dé mayor número de esperanzas, es supina inocencia que, aunque perdonaible, hace mas daño del que á primera vista pudiera parecer. Casi resulta igual á obligar al médico á que afirme probabilidades que está muy lejos de creer ciertas.

Nada diremos de los que acreditan su estulticie consultando con varios médicos un mismo caso y en un mismo día, para decidir despues lo que ellos creen mas acertado. Pudiéramos citar cierto enfermo que acudió á la consulta de diez ó doce profesores; cada uno de ellos le recetó una pomada diversa y, en la duda de cual seria la mejor, juntólas todas aplicándose la mezcla.

Otro punto que debe tenerse presente, en especial cuando se trata de niños, es la facilidad con que, transgrediendo las prescripciones facultativas, se concede al enfermo que cumpla sus deseos ó caprichos, con la única excusa de que tenazmente lo pedía y fué preciso hacerlo. Bien puede en estos casos asegurarse por mayor interés siente el médico por el paciente, que su propia familia. Entra despues la serie de los olvidos á propósito para disculpar cualquier disparate. Quien cuida á un enfermo, si verdaderamente le inspira cariño, no se olvida nunca de nada.

Podríamos decir algo de las transgresiones que á las limpiezas de los enfermos se refiere, y de los irracionales temores que algunos sienten cuando se ordena en determinadas enfermedades. La falta de espacio no me permite mayor extensión.—C.

Variedades.

LOS ENVENENAMIENTOS DEL HAVRE.

Con este título figurará ciertamente en la

historia de los procesos célebres al que á la sazón está pendiente del fallo del tribunal del Sena inferior.

Las circunstancias del crimen hacen esperar que el jurado dicte ó una condena de muerte ó el sobreseimiento.

Con efecto, los términos medios no son admitibles: la acusación se funda en una serie de presunciones muy graves, pero no puede señalar contra el acusado ninguna prueba flagrante, ningún indicio de cierta culpabilidad.

M. Decamp dirigia en el Havre, desde hace muchos años, una importante farmacia, número 20 de la plaza del Hotel de Ville. La casa era muy sana; construida hacia veintiseis años, no habia jamás reinado en ella enfermedad epidémica alguna.

El principal dependiente de Decamp era un joven de veintitres años, José Pastré-Beaussier.

Nunca tuvo de él la menor queja; pero su esposa habia creído notar varias veces la sustracción de pequeñas cantidades.

En 1886 sus sospechas se confirmaron, é influyó cuanto pudo para que su marido despidiera á Pastré-Beaussier.

De pronto la señora Decamp se sintió mala, experimentando largos síncope y vómitos frecuentes, llegando á inspirar serios cuidados al cabo de una semana.

El joven Pastré le administraba los medicamentos, y un día, despues de suministrarle una taza de caldo, falleció en medio de los más atroces padecimientos.

Los médicos certificaron un caso de tífus cardiaco.

Pastré no gozaba de simpatías entre los demás empleados de la farmacia; era de carácter sombrío, de naturaleza poco comunicativa y las distinciones con que le favorecía su principal eran otros tantos motivos para la aversión que le demostraban sus compañeros.

Entre éstos, el ayudante de farmacia, Perrote, manifestó especial repulsión hacia el joven Pastré.

Le espiaba, y en unión de la señora Decamp, madre, que despues de la muerte de su nuera habia venido á regentar la casa, acechaba una ocasión para obligarle á que abandonase la botica.

Un día, Perrote, que hasta entonces habia gozado de excelente salud, comenzó á sentir dolores en todos los miembros; hacia malas digestiones y enflaquecía rápidamente y presentaba los síntomas de un envenenamiento.

Los vómitos se sucedieron con más frecuencia y los médicos diagnosticaron segunda vez, el tífus cardiaco.

Es de advertir que Pastré-Beaussier servia las tisanas al enfermo.

Perrote no murió, porque abandonó á tiempo la casa.

Cuando salió restablecido del hospital y volvió á la casa, la enfermedad se presentó de nuevo, siendo atacado de un principio de parálisis.

Aterrado Perrote, se marchó á su país, donde á fuerza de cuidados se reparó lentamente en su constitución alterada.

Desde entonces comenzaron á circular en el barrio extraños rumores, y el Sr. Decamp fue poco á poco abandonado de su clientela, decidiéndose á notificar á Pastré-Beaussier su propósito de separarle de la farmacia.

Esto acontecía á mediados de Noviembre de 1886.

Ocho dias despues, el farmacéutico sucumbia entre dolores terribles.

Como la mujer, padeció vómitos y angustias en el estómago.